

In memoriam

Homenaje a Pepe Lameiras

Pepe en sentido estricto no fue mi maestro, en sentido ampliado lo fue como muy pocos. Me explico, pero antes una aclaración y una disculpa: en lo que sigue me referiré a los Lameiras pensando claro, en Pepe, en Brixí, en Luisa, Lorenza y Marina viviendo en Triunfo de la Libertad, en Tlalpan. Me refiero a un presente etnográfico que va de 1972 o 1973 a 1975.

La primera noticia de los Lameiras la escuchamos en voz de Andrés Fábregas: “Van a llegar unos colegas antropólogos de Hamburgo; son buenísima onda y se dedican a la etnohistoria”. Probablemente ellos, los Lameiras, habrán oído de Andrés alguna presentación de este tipo “Se trata de una fiesta organizada por un grupo de estudiantes de antropología de la Ibero, muy motivados pero muy perdidos”. Ignorantes y prejuiciosos como éramos, lo de “etnohistoriadores” nos ha de haber sonado a “estudian aztecas” y a ellos eso de “chavos de la Ibero” tampoco les ha de haber caído muy bien, pero en fin, llegaron a la fiesta, nos presentamos y 15 minutos después, la amistad iba creciendo por minutos.

Cuando Carmen Bueno me invitó a participar en este homenaje me comentó, entre muchas cosas, que lamentaba no haber hecho trabajo de campo con Pepe... “Yo tampoco”, le dije; pero en seguida me quedé pensando y corregí, yo sí hice trabajo de campo con los Lameiras: como todo trabajo de campo que se respete, se trató de una estancia prolongada, intensa y basada en la observación participante. En lo que sí difería de otros trabajos de campo fue en que lo que observábamos no era un modo de vida etnográficamente “interesante” pero distante; lo que observábamos era, para muchos de nosotros, la primera oportunidad de entrar en la vida y cotidianidad de una familia de antropólogos y quedar cautivados casi por todo: la decoración de la casa, el diseño de los muebles, la música que escuchaban, el ron Negrita que bebían, la comida, la sobremesa; el resultado no era algo “interesante” para nosotros, era la realización tangible de un modo de vida que queríamos para nosotros. Hay que recordar que ese “nosotros” en aquellos años estaba constituido por una bola de despistados rondando entre 23 a 26 años, con más idea de lo que no queríamos como modo de vida –el de nuestros padres– que lo que imaginábamos posible y deseable.

No era la primera vez que algún maestro de la Ibero nos abría su casa; lo hacían con mucha generosidad Carmen y Ángel Palerm, Tere y Arturo Warman; pero con los Lameiras la cosa era distinta: para llegar a su casa no se necesitaba invitación, uno caía sin sentirse un estorbo o que incomodáramos, cosa que seguramente sí hicimos muchas veces, pero fue algo de lo que nunca nos quisimos percatar. Además de la calidez de Brixí y Pepe y de la generosidad de las tres hijas a las que seguramente les robamos mucho tiempo de la compañía de sus padres, sentíamos una cercanía muy especial: con los Lameiras no había la distancia en edad que había, por ejemplo, con los Palerm, más cercanos generacionalmente a nuestros padres, mientras que Brixí y Pepe eran unos años mayores que nosotros pero con una trayectoria, conocimiento y experiencia profesional y personal que nos faltaba.

La amistad y el trato que teníamos con Pepe y Brixí eran únicos ¿qué otros profesores estaban dispuestos a oír sobre las crisis postadolescentes de tantos, o sentir la confianza para preguntarle a Pepe sobre qué ropa ponerse y acompañar a sus pupilas-amigas de compras, o cómo diseñar un sofá para el primer departamento que montábamos muchos de nosotros como pareja y llevarnos en su combi con su carpintero? El carácter iconoclasta de Pepe también nos resultaba muy atractivo; en muchos sentidos no correspondía al estereotipo de antropólogo que nos habíamos hecho; podía apreciar un hermoso huipil o ponerse por la mañana una guayabera y por la tarde verlo con un gajné y un saco tweed inglés.

Su sentido del humor también podía resultar desconcertante a primera vista; era perfectamente capaz de burlarse de algún antropólogo que quisiera presumirle su “troje tarasca auténtica traída desde Paracho pieza por pieza” al tiempo que Pepe advertía cómo lo de “auténtica” desaparecía lo más pronto posible y se le abría una ventana por acá, una cocineta por allá o se le anexaba otra “troje auténtica” como biblioteca; es decir, apreciaba cómo dejaba de ser auténtica lo más pronto posible y finalmente exclamaba, sin rubor, “pues claro, ¿quién quiere vivir en una troje tarasca?”. Es decir, era muy respetuoso de los valores de cualquier cultura pero igualmente capaz de apreciar y valorar aspectos de su propia cultura. Para algunos de nosotros, en rebeldía con nuestro mundo, pero sintiendo ajenos los otros, las apreciaciones de Pepe enriquecían enormemente nuestra percepción de las cosas, nos sacaba de nuestro maniqueísmo y nuestro mundo de oposiciones para presentarnos un mundo policromático, lleno de tonalidades y matices, de luces y sombras. En este sentido, Pepe, como todo buen maestro, más que ofrecer respuestas, nos exponía a nuevas preguntas, a la posibilidad de pensar por nuestra cuenta: “mira, se puede apreciar un zacualpan y un buen wiski, o una troje, pero no necesariamente querer vivir en una”.

Ahí, en vivo y a todo color teníamos, quizá sin preguntar, muchas respuestas y pistas sobre por dónde caminar en el intento de construirnos un modo de vida. En este sentido, claro que Pepe fue uno de nuestros más importantes profesores, quizá como ningún otro.

Concluyo afirmando que sí, que en efecto, sí hicimos trabajo de campo entre y con los Lameiras en un paraje llamado “triumfo de la libertad” por el rumbo de Tlalpan en los años setenta. Y sin duda fue, para muchos de nosotros, el trabajo de campo más intenso y gozoso que hayamos hecho.

Ricardo Falomir Parker
UIA, 10 de noviembre de 2003